

# Figuras del destierro

*Antonio López Ortega*

## I

Son dieciséis kilómetros (aunque el relato familiar los convierte en veintidós) los que recorre día a día María Minerva. Es un camino de polvo, pedregoso, zigzagueante. Los peñascos se asoman como codos de la tierra y a veces vienen con musgo. Se parte de La Polvasera, o quizás de Mazo, y María Minerva debe madrugar cada vez para llegar a tiempo a su escuela de Santa Cruz de La Palma. Un invariable desayuno baja lento por su esófago: huevo batido en un vaso de leche. Estamos en los años 30, o quizás en los inicios de los 40, y España sobrevive bajo la mácula del franquismo. La situación en las Islas Canarias era de pobreza creciente: papas arrugadas, garbanzos o trozos de pulpo hervido podían constituirse en festín familiar. La humildad de los trapos de vestir, de los mobiliarios caseros, de las faenas de campo, sugerían una ceremonia secreta. Las islas se iban despoblando porque los hombres huían a Cuba y luego a Venezuela buscando mejores destinos. Pero María Minerva sumerge sus piecitos en el polvo de la madrugada. En cada año escolar, el lápiz era uno solo (afilado con hojilla), el cuaderno de apuntes uno solo, el uniforme uno solo, el bulto uno solo. Dos o tres horas diarias para llegar a tiempo, dos o tres horas mientras la familia se desintegraba y los hermanos mayores emigraban a nuevos puertos de América. Viene en silencio María Minerva mientras atraviesa el fin de noche, viene asustada porque no hay almas en el camino. Ese bulto sombrío que ve ahora puede ser un peñasco o quizás un labriego que duerme en posición fetal. Hay también fantasmas en ese imaginario del recorrido y más de una vez se los ha topado. Son dóciles, tristonos, descarados. Son ánimas que nadie recoge. Quien no alcanza a irse de las islas se queda como fantasma, jugando a un oficio de difuntos. Viene en silencio María Minerva. Y ese silencio le ha tallado el carácter hasta el día de hoy, arrinconada en la cocina a sus setenta años mientras come garbanzos. María Minerva Ortega, mi madre, es una primera figura del destierro.

## II

Mi abuelo Antonio era agente viajero. Recorría todos los caminos de una Venezuela provinciana para ofrecer utensilios de construcción y piezas ferreteras. Oriente fue su última pasión. Salía de Caracas por la vieja carretera de Petare, dejaba atrás los poblados de Guarenas y Guatire, orientaba las mulas hacia Ospino, Zaraza o Aragua de Barcelona y llegaba a feliz término en Angostura o Ciudad Bolívar. Eran recorridos que duraban meses, donde se mezclaban pensiones con otros amigos viajeros, botiquines y mujeres de mala vida. La salida del abuelo era un acontecimiento: mulas cargadas de herramientas y un ayudante mestizo que las arreaba a lo largo de trochas o pendientes. El país era una amalgama de provincias y los caminos se hacían sobre la marcha, como rutas improvisadas. El abuelo se calaba un sombrero de ala ancha, de pelambre fina de guamo, para tolerar los rayos de sol sobre la nuca, mientras se amarraba un pañuelo al cuello, blanco o rojo según la ocasión. Hay una foto que lo muestra de pantalones bombacha y de camisa blanca arremangada hasta los codos. El síndrome del abuelo fue el viaje, el viaje permanente, y es imposible imaginarlo en una secuencia distinta a la de un desplazamiento. Llevaba o traía cosas, dormía aquí o allá, se despedía en agosto para reaparecer en navidades con regalos traídos de las embarcaciones que atracaban en Angostura. El nieto que lo sigue entre imágenes diversas tiende a asociarlo con el cadáver tendido del Mariscal Sucre que inmortaliza el maestro Arturo Michelena en su conocido lienzo. De la estampa reproduce con exactitud la jungla de Berruecos porque en el recorrido del abuelo no han debido faltar selvas ni vegetación tupida. También de la estampa recupera la imagen descentrada y culposa del caballo que huye cuando siente que su jinete ha caído muerto al suelo. Y del cadáver del viajero, si bien remoto, rehace una sensación exacta: la de la ausencia permanente del abuelo, la del viaje como figura antagónica, la del destierro en casa.

## III

El abuelo Germán ha debido de viajar a Cuba en los albores del siglo XX. Se habla de una primera inmigración canaria que ayudó al cultivo del tabaco y que mezcló sus hábitos y enseñanzas con los habi-

tantes nativos. De isla a isla, como Colones contemporáneos, los cambios no han debido de ser abruptos. El invierno canario desaparece bajo el trópico caribeño pero algo de los suelos y de la vegetación cubana puede reconocerse en los espacios transplantados. Casó el abuelo Germán con una cubana y tuvo dos hijos. Pero al cabo de los años debió regresar a La Palma y nunca más vio a su esposa e hijos. Contrae segundas nupcias con la abuela María, madre de mi madre, y tiene siete hijos entre los años 20 y los 30. En algún momento que puede estar entre el segundo y el tercer hijo, las autoridades locales lo arrestan por bigamo y lo llevan a presidio por dos años. Debió la abuela María de llevarle panes en una canasta y acompañarlo con palabras dulces mientras las visitas se lo permitían. Cuentan que el abuelo tuvo un solo compañero en el calabozo y ese fue un ejemplar empastado de *El Quijote* que mi abuela logró dejarle escondido entre paños y que el viejo terminó recitando en sus años postreros. Una sola lectura para cultivar el cuerpo y la mente de una sola vida. De Canarias a Cuba y de Cuba a Canarias, como una carabela que se deja llevar por los vientos, como una corriente sinuosa que conecta mares y destinos. La memoria de una esposa extraviada, el destino posible de unos hijos mayores, el encierro entre las páginas del Ingenioso Hidalgo, el cultivo afanoso del higo en los años previos a su muerte como una manera de encontrar asidero donde antes sólo hubo desplazamiento, fueron también figuras del destierro.

#### IV

Huye de Zaraza la tía Carmela. Huye en un carruaje desconocido, con sirvientes que la atienden y la abanicán. Tules, bordados y velos vaporosos la envuelven pese al calor del llano. De las hermanas de mi abuela Raquel, era la más noble, la más esbelta, la más incómoda. Flor del retoño pero flor díscola. Y nace en Zaraza para luego desnacer: no puede haber vida, se dice Carmela, en medio de la nada. Zaraza es un accidente, es un punto neutro donde incide la luz, es una sequía sin retorno. No permite Carmela que el carruaje se detenga en el camino, ni siquiera para ofrecer agua a las bestias o para probar algún fruto de temporada. Entre un pañuelo blanco, exquisitamente bordado, lleva unas galletas secas como único alimento del trayecto. Ha huido una, dos, tres veces de Zaraza buscando llegar a Caracas para pasar grandes

temporadas con las amigas que la acogen dichosas. Carmela la incomprendida, Carmela la caprichosa, la tía Carmelita, nívea hasta los tobillos, virgen hasta el alma, malhumorada hasta los tuétanos. Ese rostro impávido, hermoso hasta el horror; ese lunar esquivo, apenas una mácula de la tez perfecta. Nadie con quien hablar en Zaraza, a no ser con un cardenalito juguetón que le respondía en canto sus únicas palabras de la mañana mientras esperaba en su cuarto el huevo tibio del desayuno. Su vida se detiene a los treinta años, en un punto intermedio de la polvasera que se levanta entre Zaraza y Caracas, cuando los sirvientes la descubren inerte dentro del carruaje, una mano que aferra una galleta seca y otra que arruga el pañuelo bordado. Muere sentada mientras todo a su alrededor no era más que movimiento.

## V

Papá logró ingresar en el colegio San Ignacio después que la abuela Raquel hablara con todos los curas a modo de súplica. Se entendía su ingreso como un ascenso social, como la posibilidad de hacerse amigo de todos los niños acomodados de Caracas. Su pasado había transcurrido en San Agustín, en El Conde, en La Candelaria, envuelto en los aromas de la fábrica de chocolates que la abuela Raquel mudaba de barrio en barrio buscando mejores condiciones y menores molestias con los vecinos. Toda la familia materna llegó a trabajar en esa fábrica: las tías envolvían las tabletas, el tío Rafaelito distribuía los paquetes en mulas, mi abuelo Antonio llevaba la contabilidad cuando ya se cansó de sus viajes. Pero la entrada en el San Ignacio significaba nuevos apellidos, nuevos hábitos, nuevos ambientes, y Papá regresaba todas las tardes al aroma del chocolate después de pasearse por el mundo entero. Un deporte igualaba la condición de todos los alumnos y eso convertía todas las tardes en grandes explanadas donde sólo se jugaba al fútbol. Con el tiempo, Papá llegó a ser buen arquero, vestido religiosamente de negro para emular a la «Araña negra» y estirándose con elegancia bajo los palos para admiración de propios y extraños. El fútbol le daba lo que sus orígenes le negaban y todos querían tenerlo en sus equipos. Una de esas tardes, sin embargo, se inscribe en el dolor puro, descarnado. Papá logra desviar al córner un tiro desde larga distancia y la pelota traspone la cerca trasera para alejarse rebotando hasta la calle contigua. Papá va trotando detrás de la pelota y, cuando llega